

que le habian quitado del pecho un peso enorme. Habia temido durante algun tiempo que la herida del coronel no tuviese más desenlace que la muerte.

No le parecia posible que un hombre que recibe un balazo tan grave pudiese recobrar la salud. Y, no obstante, ¿era, en cambio, posible, que un héroe como Enrique de Solignac sucumbiese en una emboscada vulgar? Hasta entonces para Luisa, como para la multitud, el «Hermoso coronel» habia permanecido como un ser invulnerable, un Aquiles, á quien los enemigos no habian podido herir ni aun en el talon; ¿cómo habia de poder morir de un tiro que, durante la noche, le disparase algun miserable, apostado en una callejuela?

—¡Vamos!—acababa diciendose inevitablemente Luisa—¡No es posible!

Con el instinto que tienen las mujeres, la condesa habia casi adivinado de donde partia el golpe, bajo el cual habia sucumbido el coronel.

No ignoraba las relaciones de Solignac con la señorita de Olona, y comprendia que aquel drama estaba envuelto en un misterio, cuya esplicacion hubiera podido encontrarse en el hotel contiguo. Pero la señora de Farges era demasiado discreta para hacer ni siquiera una alusion á Andreina. Se contentaba con cuidar al herido, á quien la casualidad—ella decia la Providencia—habia llevado á su casa.

La convalecencia avanzaba. Solignac, débil aun, podia sin embargo moverse. Dupuytren, para restablecer la respiracion y obtener la so-

lidificacion de la rotura de las costillas, habia prescrito al enfermo que llevase alrededor del pecho una faja de esparadrapo; y Florival de Saint-Clair, que habia sabido este detalle, hacia notar, segun su costumbre, que jamás ningun héroe de novela, ni el jóven Saint-Esteve, el enamorado de la tímida Cornelia de Justal en su *Correo ruso*, ni el Edmundo Seymour de la señora Cottin, ni el Don Sancho de la señora de Genlis, ni el Eugenio de Rottelin de la señora de Souza, se habian visto en situacion tan particular.

—Pero realmente—decia Florival, dando á su fisonomía cierto aire malicioso—el caso es muy extraño. Se han visto historias de amor y de guerra que se llamaban *Uldarico ó los efectos de la ambicion*, como la novela de la señorita Desivé Castera, ó *Elmunda ó la hija del hospicio*, por Ducray-Duminil; pero apuesto á que nunca se publica *El coronel de Bercheny ó heroismo y esparadrapo*.

Encantado de su chiste, el poeta se reia.

—Eso se lo contareis al coronel cuando esté completamente restablecido—le dijo á Florival uno de los concurrentes al salon de la señora de Farges.

Desde entónces Florival de Saint-Clair fué más discreto en sus bromas.

Florival tenia, sin embargo, alguna razon. Solignac no asemejaba ya de seguro á su héroe de novela. Dupuytren le impedia hasta cierto punto el movimiento. Prohibicion de hablar demasiado, de andar de prisa y de subir las es-



caleras. Pero el pequeño salón azul daba al jardín del hotel, y Solignac podía salir á él á tomar el sol, ó más bien á respirar el aire sin sacudimiento ni fatiga. Grandes castaños, plantados delante de la casa, le quitaban por completo la vista de la morada próxima, en donde vivía Andreina.

En aquel jardín del hotel de Farges, bastante extenso, sombrío y silencioso, con sus estanques, en que corrían peces rojos y se bañaban blancos cisnes, podía creerse en el fin del mundo. El sano deleite del olor de las hojas y de las flores le penetraba y animaba.

Se sublevaba, sin embargo, ante la idea de estar casi condenado á una vida sedentaria y monótona y sujeto á una ansiedad perpetua.

—¿No podré montar á caballo, doctor?—preguntó á Dupuytren.

—El cirujano movió la cabeza.

—Con el tiempo... sí, puede ser; pero ha de pasar mucho tiempo.

—Decís eso como si me respondieseis: ¡nunca!

—Yo no digo exactamente sino lo que digo, coronel. Lo absoluto es un instrumento de que es peligroso servirse.

—En fin, si dentro de un mes recibo la orden de incopararme á mis húsares, ¿no podré tenerme sobre la silla?

—¿En un mes?... ¡Seguramente no!

—¿Y llamáis á eso vivir! En verdad que la existencia no vale tantos cuidados.

—Pues bien, montad á caballo y en una hora os vereis libre de esa pesada existencia!

—¡Pardiez! no respondo de poder resistir á la tentación.

—Eso sería sencillamente un suicidio, coronel, como cualquier otra imprudencia. Después de todo, el tiempo es un gran doctor; contemos con él para la curación completa. Pero con vuestra naturaleza impaciente, activa, nerviosa, casi febril, no me atrevo á aconsejaros que sigáis al pie de la letra las prescripciones de higiene de el veneciano Luis Cornaro, que, amenazado de muerte á la edad de treinta y cinco años, por la gota y dolores de estómago, encontró, sin embargo, el medio de vivir hasta los noventa y nueve, limitando su manutención á doce onzas de alimentos sólidos, y á catorce onzas de pan, evitando el frío, el calor, el viento, el sol y las emociones, tanto que aunque le anunciaran la muerte de un amigo no se impresionaba demasiado, por temor á perder la salud.... Vos no tenéis el mismo temperamento.

—Seguramente que no—respondió Solignac;—yo no podría vivir de esa manera, y, os repito, ¿eso es vivir? Suprimir todo lo que hace latir el corazón del hombre, el amor, el odio, la pasión, todo lo que agita la sangre, todo lo que ama el espíritu, todo lo que eleva el alma! Vale más morir, doctor, vale más acabar y desaparecer sin penas; el reposo obligado, la existencia convertida en prisión, ¿qué es sino la muerte?

—¡Tá! ¡tá! ¡tá!—respondió á esto Dupuytren.

—Y, sobre todo, no os alteréis. Callaos y tranquilizaos. ¡Cada palabra dicha con rapidez es un átomo de vida que perdeis!



El coronel llegaba á preguntarse si debía estar satisfecho de haber entrado en el periodo de la convalecencia. Pero le quedaba la esperanza de que, á despecho de los doctores, la terrible herida que le hacia sufrir quizás llegase á curarse por sí sola. Y, además, la vida le atraía, aun cuando tratase de despreciarla. Había tomado para él un aspecto y una seducción inesperados. No hubiese querido «desaparecer», como él decia, sin haber adivinado lo que aquella mujer, de quien era huésped, tenia, oculto en su alma. La imagen de Luisa de Farges se había posesionado entera y despóticamente de este convaleciente, que veía en aquella mujer el consuelo y alivió á su sufrimiento.

Este terrible sufrimiento habíase aumentado hacia algun tiempo. Solignac no podia recordar, sin que se le oprimiese el corazón, á aquella Andreina, á la que él consideraba como la cómplice de Agostino. Una traicion tan cruel, tan infame, le destrozaba el alma. Pero bien pronto á ese sentimiento de ira seguía una calma extraña, que no era resultado de la persuasión de que se engañaba, y que Andreina no era partícipe en esta emboscada, sino de un olvido creciente, de una especie de nube que ocultaba á su vista el pasado, dejando en plena luz el rostro encantador de la condesa Luisa. Verdad es que la vida que se hacia en el hotel de Farges era la más á propósito para aumentar la intimidad de la condesa con el hermoso Solignac.

Desde que el coronel habia entrado en el periodo de la convalecencia que se aproxima al

restablecimiento, el hotel habia vuelto á tomar su fisonomía ordinaria, es decir, que los adoradores de la señora de Farges, con el poeta Saint-Clair á la cabeza, acudian de nuevo á él.

Solignac, recostado la mayor parte del tiempo en una gran butaca, escuchaba con disgusto, que trataba de ocultar, las soserías mitológicas recitadas á la condesa por aquellos jóvenes á la moda.

Algunas veces tenia deseos de interrumpir los madrigales, que le ponian nervioso; pero la señora de Farges modificaba con una sonrisa el efecto producido en el coronel.

Un día que Florival hacia observar á la condesita su diligencia en calmar de aquel modo á Solignac:

—¿Qué quereis?— dijo la jóven,— la menor emocion puede hacer que le perdamos: yo estoy aquí y velo.

—¿Entonces es por pura caridad?...

—¡Ah! no confundamos los adjetivos; con un héroe no se tiene caridad, sino agradecimiento.

Y puso término á la conversacion.

Florival trató en vano de contrarrestar la influencia de Solignac, que cada día iba en aumento, exagerando sus atenciones, sus cuidados y su poesía.

Unas veces cantaba, acompañado del arpa, alguna romanza amorosa, con la que trataba de hacer una declaracion encubierta; otras recitaba versos de su composicion, con languidez estudiada, que Luisa aceptaba con estricta cortesía, bastante para desesperar á un preten-



diente ménos resuelto que lo era Saint-Clair.

Todos aquellos jóvenes, cuyos homenajes la abrumaban, parecían á Luisa inútiles y tontos, comparados con aquel militar, cuya fisonomía llevaba todavía marcadas las huellas de la muerte.

En la menor palabra, en la más sencilla expresión de agradecimiento, en la sola mirada de Solignac había tanta lealtad, un sentimiento tan profundo y un cariño tan ferviente, que todo lo demás parecía á la condesa pura insipidez y simple comedia.

Acostumbrada á los triunfos de sociedad, aduladores y ficticios, le cansaban ya, y lo que deseaba era el acento de la verdad, que consuela, que atrae, que retiene, que tiene la verdadera fuerza y el verdadero encanto. Y todo eso lo encontraba en aquel hombre al que había visto moribundo y veía revivir.

Algunas veces Luisa suspiraba pensando en Andreina, preguntándose si Enrique de Solignac, que tanto había amado á la italiana, no la amaría aún, y ante aquella idea, la risueña y alegre condesa, la joven de mirada de niña, se ponía triste y pensativa.

Luego, desechando aquella tristeza que la invadía y que no se explicaba:

—¿Qué me importa?—se decía.—¿Tengo derecho, acaso, de preocuparme por lo que piense el señor de Solignac?

Pero lo que no podía dejar de observar era la superioridad del coronel sobre todos los que le rodeaban. Amenazado aún por la muerte, que

parecía no querer alejarse de él, Solignac estaba más varonil, más resuelto, más dispuesto á sacrificar hasta su último suspiro por una noble causa, que aquellos elegantes de azucarados madrigales, cortesanos de la belleza en el hotel de Farges, como lo eran en otro lado del poder.

Así habían ido pasando los días, mientras que Solignac recobraba sus fuerzas, al menos en apariencia. Hacia varias semanas que, con gran ira del señor de Navailles y sordas murmuraciones de maese Lanjallais, el coronel era huésped de la señora de Farges, habiendo declarado Dupuytren que no debía pensar en abandonar la calle de *Mont-Blanc* antes de la segunda quincena de setiembre.

La prueba había sido larga para Solignac, y, cosa singular, él la iba encontrando corta á medida que se aproximaba el momento de partir; parecíase al hombre que, despierto, echa de menos su sueño. Porque un sueño era, en realidad, aquel descanso en medio de la fiebre, aquel consuelo de un mal terrible, aquella visión á dos pasos de la tumba, aquella Luisa, apareciéndose allí para hacerle olvidar á Andreina.

—En fin—se decía el coronel—todo acaba en este mundo. ¡Despidámonos de los sueños!

Y anunció á Castoret que era preciso marchar.

—¿Cuándo?—dijo el husar.

—Dentro de pocos días.

—¿Estais completamente curado, coronel?

—Lo bastante para hacer pagar á quien lo merece el tiro que he recibido.



—Sí, pero nada de imprudencias. Estareis siempre, como yo, á pesar de tener la piel cicatrizada, entre la vida y la muerte.

—Nada temas, Castoret. Quiero vivir. No por mí mismo, sino por él y por ella.

—*¡Eh! ¡Ella!* ¿Qué novedad es esta? *El*, ya sé su nombre—dijo Castoret;—*¡pero, ella?*

—Ocúpate de Catissú, y suprime tus puntos de interrogacion.

—Es justo, cada uno que guarde sus secretos.

Solignac se dirigió lentamente hácia el jardín. No recordaba, tal es la condicion del alma humana, el otro jardín que estaba tan próximo y en el que, quizás en aquel mismo momento, se hallaba Andreina sentada y pensativa.

Luisa de Farges estaba medio recostada en una otomana que habian llevado debajo de los árboles, y al lado de un arpa, Florival de Saint-Clair, permanecía de pié en compañía de otros tres jóvenes vestidos con casacas azul-claro ó verde-gris.

Pero Solignac, despues de haber mirado á Luisa, sólo fijó su atencion en el paisaje. Sentíase reanimado por la ardiente y eterna naturaleza. La puesta del sol hacia brillar en el jardín y destacaba en todo su vigor el menor tallo de hierba, mientras que la cima de los árboles estaba todavía iluminada por una luz intensa y dorada, y, á lo lejos, en las alamedas medio sumidas en la sombra y alumbradas oblicuamente parecían relucir millares de lentejuelas.

Luisa habia dejado en aquel jardín, artísticamente cultivado, un rincón agreste, que podia

tomarse por un encinar ó un bosque. Las hierbas, las espigas de avena, las retamas, que es la flor de oro de Bretaña, la espesura de los arbustos, todo brillaba á la vez, unido por hilos relucientes más tenues que la seda, que los insectos habian colgado de una á otra hoja, de un tallo á una flor. Y poco á poco un tinte azulado cubrió aquella tierra frondosa en que las apiñadas y verdes plantas exhalaban un balsámico olor, perfumando la templada atmósfera de la tarde.

—*¡Ah! ¡la vida! ¡la vida!*—repetía Solignac en voz baja, mirando de nuevo á Luisa.

Y mientras contemplaba á la condesa, anocheció.

—*¡Las primeras estrellas!*—dijo Luisa recostada y mirando con una sonrisa el azul infinito del cielo.

—Para verlas mejor nos hace falta el tubo observador de Cassini,—dijo Saint-Clair.

—Entre lo que es bello y nuestros ojos, nada hace falta,—contestó Solignac, que, poco pensativo de costumbre, se hallaba entonces poseído por la poesía de aquella noche, que, por momentos, se iba haciendo más oscura.

—Coronel—preguntó Florival,—¿con que ya el oráculo de Epidauria, el hijo de Quiron, ha fallado?... ¿Estais restablecido?

—Poco ménos, caballero.

—Peor para los españoles ó los ingleses. Vais otra vez á despreciar sus tubos inflamados, y al son del belicoso bronce, á secundar con nuestro hierro la cuchilla de Bayona de nuestros granaderos.



—¿La cuchilla de Bayona?— dijo Solignac asombrado.

La condesa sonrió.

—¿No sabeis que Saint-Clair llama así á las bayonetas? Así como llama al arado el *hierro agricultor*, al mar la *húmeda Nerea*, y al café el *tmido arbusto de Moka*.

—Ese es el estilo de la nobleza—repuso el poeta.—¿Acaso nosotros podemos hablar como el vulgo?

—No,—afirmaron los jóvenes de casacas azules ó verdes.

—Condesa—dijo Saint-Clair,—permitidme que os recite, á vos, que enarbolais tan alto la oriflaba de la sensibilidad, un madrigal que uno de mis amigos ha compuesto para...

—¿Para?...

—Para la mujer más encantadora de la corte, condesa.

Solignac frunció las cejas y se mordió el bigote.

—¿Teneis interés en recitarme los versos de vuestro amigo?—preguntó Luisa.

—¡Ah! mucho.

—Veamos—repuso ella que seguía mirando las primeras estrellas.

Florival de Saint-Clair tosió, se arregló la corbata, y, con una voz de falsete que hacia más ridícula la afectación con que daba valor á la sílaba más insignificante, principió.

—*Cidalisa: Retrato*... ¡Oh! un retrato en ocho versos. Hubiese sido preciso un poema para describir las bellezas de Cidalisa... pero (y son-

rió complaciente) las obras largas asustan á...

—Vuestro amigo—interrumpió la condesa.

Saint-Clair se sonrió con discreción, creyéndose comprendido.

Repitió:

—*Cidalisa: Retrato*.

Y, con marcado placer, principió la lectura de sus versos:

Venus dont nous aimons l'autel,  
Vers sa beauté blonde nous pousse  
Blond doré qui brave et repousse  
Et la peinture et le pastel!  
Son oeil bleu réfléchit le ciel... (1)

—Los ojos de Cidalisa no son precisamente azules—dijo Florival interrumpiéndose,—son negros como el Erebo; pero es una licencia poética.

Y continuó:

Son oeil bleu réfléchit le ciel;  
Comme un souris sa voix est douce  
En admirant la lune rousse  
On rêve de lune de miel! (2)

—¡Qué necio!—pensó Solignac.  
Los tres jóvenes aplaudieron.

(1) ¡Venus, á quien rendimos culto, nos arrastra hacia su belleza, de un rubio dorado que no pueden copiar ni la pintura ni el pastel! Sus ojos azules reflejan el cielo...

(2) Sus ojos azules reflejan el cielo, y su voz es dulce como una sonrisa: admirando con ella la roja luna, se sueña con la luna de miel.



—Querido Saint-Clair—dijo con encantadora ironía la señora de Farges, que parecía no haber comprendido.—¿vuestra Cidalisa es roja?

—No del todo—repuso el poeta con cierta confusión.—Sus cabellos son rubios... ¡sí, par diez! son rubios... pero el consonante... el inevisible consonante...

—¡Oh! el consonante no os preocupa mucho, Saint-Clair. Haceis que rimen *pousse* con *repousse*, lo cual es fácil. Vamos, suprimid esa *luna roja* y esos *ojos azules*. Es un buen consejo el que os doy... ¡Seguramente no se conocería en vuestro retrato a Cidalisa!

El desdichado Saint-Clair estaba como clavado al suelo, contemplando estupefacto á la condesa, cuyo vestido blanco la hacía parecer á sus ojos una fantasma, y que de pronto se levantó:

—Entremos. Las noches de setiembre son ya frías. Os dejo, coronel... ¡Adios, señores!

Saint-Clair estaba de tal modo sorprendido, descontento é intimidado, que se llevó á sus amigos, estupefactos de la acogida que había tenido la *Octava* de Frorival.

—Hasta mañana—dijo Luisa, saludando de nuevo á Solignac.

—¡Mañana!—repitió él.—¡Sí, mañana!... Y, esta palabra, ¿no os parece profundamente dolorosa, señora?... ¡Mañana!

—¿Por qué había de encontrarla triste?—dijo, algo turbada la condesa.

—¿Por qué?... Esa sola palabra me dice más, ¡ay! que todo lo que pudiérais decirme.

—No comprendo....

—Pues bien, condesa, es que mañana abandonaré este hotel, en el que he estado á punto de perder la vida, en que he sufrido mucho y que recordaré eternamente, porque si mi sangre ha corrido aquí, también he encontrado un bálsamo para curar mi herida.

—¿Y ese bálsamo era?...—dijo Luisa, sin pensar quizás lo que decía.

—¡Vuestra mirada, señora!

Ruborizóse la condesa, luego palideció un poco, y con voz algo trémula, dijo á Solignac:

—Me considero feliz, coronel, con haberos pagado una deuda de agradecimiento y con haber devuelto al que me salvó....

—¡Una deuda!... ¡Devuelto! ¡Ah! Señora, esas son palabras muy crueles. ¿Y qué me debíais? ¿No fui acaso yo el favorecido al haber podido ayudaros, al ahogar entre mis brazos...

Detúvose y pasóse la mano por la frente.

—Nada me debeis, y para mí habeis sido una hada bienhechora... una amiga... una hermana...

—¡Una hermana!—repitió mentalmente Luisa —¡una hermana!

Y á esta palabra recordó á Andreina y vió pasar repentinamente ante sus ojos la imagen de la italiana.

—¿Qué habláis de salvacion?—continuó Enrique.—¡A vos es á quien debo la mia! Sí, porque sin vos no hubiese yo tenido fuerza para luchar contra el mal que me abatía. Hay horas para los moribundos en que el universo entero des-



aparece y en que la existencia, á punto de terminar, parece una pesada carga. En esas horas yo pensaba en vos, señora, y, á pesar de la herida aun abierta, á pesar de los temores de Dupuytren, á pesar de las probabilidades de peligro: ¡Ah! no—me decia—¡no moriré! ¡Quiero vivir para volver á verla, quiero vivir para darle las gracias y sacrificármel! ¡Oh por ella! perdonadme,—añadió el coronel con su bondadosa sonrisa—cuando pensaba en vos, no os daba nombre. Teniais varios, sin embargo: érais la bondad, la dulzura, la esperanza.

A estas palabras pronunciadas por Solignac en voz baja y con tono de ruego, Luisa se sintió confusa.

No era una confesión de amor la que se escapaba de los labios del convaleciente, pero nunca confesión alguna espresó un ardor tan suplicante, ni acento tan profundo y verdadero. Aquellas frases que habia oido tantas veces con ligeras variantes, y que le parecían tan vulgares en otros, hacían vibrar en ella, mientras hablaba Solignac, fibras desconocidas. Dominó, sin embargo, su emoción, no queriendo que el coronel conociese la confusion en que la ponía aquella voz acostumbrada al mando y entonces tan tímida y cariñosa.

La idea de que Andreina podia aun ocupar un sitio en el corazon de Solignac impedia á Luisa entregarse á aquel sentimiento instintivo que la arrastraba hacia el coronel. Resistíase á todo lo que tenia de conmovedora aquella entrevista suprema, aquel adios del convaleciente á

la que habia sido el angel guardian de su cacerera.

La condesa aparentó no querer seguir la conversacion.

—Callad,—dijo con una sonrisa algo forzada, y como si riñese á un niño,—os está prohibido, ya lo sabeis, entregaros demasiado a las emociones y á los sueños.

—Decid entonces que me está prohibido respirar. Repetiros que soy todo vuestro, condesa, eso es vivir. Lo demás se llama vegetar.

Luisa de Farges se puso seria, y, con voz un poco ahogada por la emoción que trataba de dominar:

—Para mí ha sido una dicha el poder disputar al peligro una vida tan gloriosa como la vuestra, coronel,—le dijo.—Que Dios os guarde en adelante. Y acordaos de que siempre tendreis en mí la más adicta y la más sincera de las amigas.

—¡Señora!—murmuró Solignac, no atreviéndose á decir sin reparo el nombre que acudia á sus labios: *Luisa*.

Tuvo un momento estrechada la pequeña mano de la condesa, quien, algo pálida, bajó sus largas pestañas sobre sus negras pupilas, y y aquel momento de confusion y encanto duraba ya algunos momentos, cuando Catalina Magnac vino á prevenir á la condesa que el señor de Navailles la llamaba.

—¿Está malo el señor marqués, Catalina?—preguntó.

—No, señora condesa; el señor marqués desea

29837

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO



únicamente pedir á la señora su firma para la escritura de venta de unas tierras de la señora que ha concertado el señor Lanjallais.

—Bueno—respondió Luisa.—Adios—dijo volviéndose hácia el coronel,—ó más bien, hasta la vista.

Luego poniendo, quizás involuntariamente, una caricia en aquellas dos palabras:

—Hasta pronto—añadió.

—Hasta siempre—respondió Solignac con acento penetrante y voz grave.

No le quedaban al coronel más que algunas horas que pasar bajo aquel techo. Mientras que Castoret empaquetaba los pequeños objetos que allí habia pertenecientes á su coronel, sentia este una impresion análoga á la que se apoderaba de él la víspera de entrar en campaña. Otra vez, pero dejando tras sí una afeccion naciente y ya imperiosa, caminaba adelante, á la casualidad, hácia lo desconocido. ¡Qué bueno hubiese sido, sin embargo, limitar su horizonte á aquella querida morada! La elegancia femenina del hotel de Farges le habia, hasta cierto punto, contagiado. Dejaba algo, por decirlo así, de sí mismo en aquellos muebles que le habian visto moribundo, en aquel espejo que habia reflejado sus pálidas facciones, en aquel sillón en el cual tantas veces, tendido y bien débil aún, habia pensado en Luisa. No volveria á ver todo aquello. ¡Otra vez en camino! Pero esta vez con una herida en el costado, con la muerte en la frente, arrastrando un cuerpo mutilado, y sin que la embriaguez de las próximas victorias ni

el humo de la gloria subiesen á su cerebro.

—¡Cómo!—dijo Solignac—¿voy á volverme melancólico?

Y trató de dirigir á Castoret una de esas palabras picarescas, tan militares y tan francesas que suenan como el toque de corneta para ensillar. Pero la palabra medio burlona resonó tristemente en el eco del saloncito azul, y Marcial, que pensaba también en el dolor de abandonar á la mujer amada, no la recogió.

Al dejar la morada de Luisa de Farges, Enrique de Solignac queria volver al hotel que habitaba; pero la señorita de la Rigaudie se opuso á ello con una vivacidad no acostumbrada. Habia amueblado expresamente, en su jardín, un pequeño pabellón para el coronel. Cuando oyó á Solignac hablar de volver á su antiguo alojamiento:

—¡Ah, pardiez!—dijo—¡eso seria gracioso! Puedo acoger á las mujeres de vuestros amigos, permitir que llenen mi jardín de agujeros de topos para dar paso á vuestros compañeros de armas, y os he de dejar á vos ir á dormir á la fonda con una bala en el costado. Os creis enteramente restablecido... ¿Es que estais loco?

—No, pero temeria...

—¿Tal vez abusar? ¡Ya estoy oyendo la palabra! ¡Qué amable sois! ¡Abusar! Soy muy egoísta, no lo niego; me contraria tener que permanecer en Paris cuando mis asuntos me llaman al Limosin; pero, en fin, no tengo el corazón tan apergaminado para que os admireis de que ponga un pabellón á vuestra disposición.



—Vaya, está dicho — añadió la señorita de la Rigaudie. — Vuestra señora Teresa Riviere no me molesta, ni vos me molestareis tampoco. Ella tiene sus habitaciones, vos tendreis las vuestras. Allí podreis recibir á quien querais, á todo el regimiento, si se os antoja; vivireis á vuestro gusto, y no me vereis si es que os fastidio.... Viviré sola con Teresa, que no me desagrada, y con el pequeño Jack, que me agrada mucho. Que venga ese soldado, vuestro Castoret, ó quien os parezca. Estais en vuestra casa ó repito. Trato hecho, ¿eh?

—Decididamente — dijo Solignac. — ¡Sois la mejor de las mujeres!

—¡Todavía!... ¡Ah, voy á incomodarme!... Pero, despues de todo, teneis razon en estarme agradecido. ¿Sabeis lo que he sacrificado por vos? ¿lo sabeis?

—¡No!

—¡Pues bien, todo mi mes de setiembre! Debería estar junto á esos endiablados colonos, para vigilar los trabajos. Este mes... ¡diantrel que es de los más laboriosos... El heno nuevo para los caballos, los pastos para los bueyes y cebar á los puercos acorralados; eso, con respecto al ganado... Luego los pollos y pichones que enviar al mercado, las peras y manzanas ya maduras, y los campos que es menester preparar para la sementera...; las patatas que hay que arrancar, los guisantes y las habichuelas que hay que sembrar, las coles que repicar... Todo esto, sin mi, irá de cualquier manera... ¡Esos malditos colonos son tan indolentes y tan

estúpidos!... Las uvas de parra, que ahora se recogen, y cuyos racimos hay que colgar en seguida si se quieren conservar como es debido, de seguro esos animales las dejarán podrir... Pero ¡qué le hemos de hacer! yo no puedo dejaros aquí... Comprendo que sois mi flaco. En Paris pienso en mis uvas, y en Solignac pensaría en esa pícara bala que se ha ido á alojar precisamente cerca del corazon... ¡Ah!... ¡qué tonta soy en preocuparme por eso!... Pero no lo puedo remediar... En toda la noche he dormido pensando que ibais á marcharos de aquí... Mi carruaje os espera.... ¡Vamos!

—¿Sabeis una cosa?—dijo Solignac.—¡Que os voy á dar un beso!

—¡A mí!—repuso la señorita de la Rigaudie, con aire casi de espanto.—¡Tararira! Lo que os hace falta son mejillas aterciopeladas, y no tostadas!

Y al abrazarla Solignac:

—¡Cuidado con los movimientos!... ¡La bala!—dijo la solterona.—¡Pero este gran diablo está verdaderamente loco!

Solignac la besó, á pesar suyo, repetidamente, y, cuando la señorita de la Rigaudie consiguió desprenderse de sus brazos, una lágrima furtiva, pero gruesa, asomaba á sus ojos, cuyos párpados enrojecidos secó apresuradamente.

Luego con un tono imperativo:

—¡En marcha, mala tropa!—dijo á Castoret, que cargaba sobre sus hombros una maleta bastante grande.



Cuando la pesada puerta del hotel de Farges se cerró tras de él, Solignac solo tuvo un pensamiento.

—¿Volveré pronto á ver á Luisa?

No era solamente un raudal de su sangre lo que dejaba en aquella morada de la calle de Mont-Blanc, era una parte de su corazón.

## II.

Bernardo Thévenot.

El comandante Riviere, durante las dolorosas semanas que habia pasado Solignac, permaneció en su refugio de la calle Neuve-Saint-Jean. El coronel Thévenot le habia enviado á decir por Chambaraud, que la menor imprudencia podia poner sobre la pista del fugitivo, á la policía de Fouché. *Varus* ofreció al comandante los medios para salir de Paris y ocultarse en alguna quinta de los alrededores ó trasladarse á América con un pasaporte supuesto. Pero Claudio Riviere no queria sustraerse á los peligros que corria, formaba parte de una asociacion de patriotas y esperaba seguir la suerte de sus compañeros, triunfar ó perecer con ellos.

—Mi presencia en Paris puede ser útil—contestó.—¡Aquí me quedo!

En vano el viejo Juan Riviere habia tratado de modificar las resoluciones de su hijo. El comandante no cedió.

—¡Quieres más á la política que á mí!—repetía el antiguo mercader de paños meneando la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO